

**MAURO, Diego, LICHTMAJER, Leandro (compiladores), *Los costos de la política. Del Centenario al primer peronismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2014.**

**Hernán Uliana** (Universidad Nacional de Rosario)

¿Cómo se financia la política? Esta pregunta dispara, invariablemente, todos los prejuicios negativos a los que una hegemonía “anti-política” nos tiene acostumbrados. Al encontrarnos con la palabra “costo” podemos suponer, momentáneamente olvidando el trabajo de historiador, una carga onerosa e inútil para la sociedad, llevada a cabo por individuos más o menos inescrupulosos cuya profesionalización conlleva en definitiva, el “vivir de los demás” cínicamente titulado como “vivir de la política”. Ambas definiciones se mezclan hasta confundirse y se trasladan a los ámbitos donde el político profesional accede, siendo una grieta propicia donde el desprestigio de la política puede hacer mella en las instituciones estatales “ellos, los políticos, frente a nosotros, los trabajadores honestos”.

Lisandro Gallucci explora, en el primer capítulo, los acalorados debates acerca del “costo de la autonomía” durante el período de 1907 a 1930 en el Territorio Nacional de La Pampa una vez alcanzado el piso constitucional para la provincialización. El problema percibido era que el crecimiento burocrático se convirtiera en “coto de caza” de políticos advenedizos y venales, aumentando así los recursos necesarios para mantener la administración y amenazando finalmente el crecimiento económico que este territorio disfrutaba. La economía mediatizada por la política da argumentos a unos y otros sobre la conveniencia de elevar el territorio a estatus provincial, pero la negativa visión sobre la “politiquería parásita del progreso” melló finalmente los argumentos autonomistas. El artículo de Gallucci nos da una muestra de la enorme complejidad de los procesos políticos en los territorios nacionales, muchas veces vistos como “víctimas” de la política de los gobiernos nacionales, que les habrían negado su derecho a la provincialización por intereses espurios ajenos a los actores habitantes del territorio.

Diego Mauro nos lleva a focalizar en el aspecto menos evidente, pero no por ello menos influyente, de la financiación de los partidos. Las “tramas subterráneas” de financiamiento que se forman en ese gris espacio de semi-legalidad donde interactúan las estructuras celulares de los partidos con la sociedad, estudiadas por el autor para Santa Fe en la década de 1920. Las exigencias de la política de masas y las “demandas” de la sociedad de masas

coinciden en uno de los aspectos más frecuentemente usados para denostar a la política de partidos tanto en aquella época como en la actual: ésta no es solo costosa e ineficiente, sino también inmoral. Juego, prostitución, curanderismo, multas legales e ilegales que, en connivencia con la policía (elemento esencial en las tramas), iban a parar a las arcas políticas. Una legalidad “gris” que otorgaba discrecionalidad a la policía y al partido que la controlara permitía un aceitado mecanismo, en el cual las tramas clandestinas de financiación crecían al compás de la extensión capilar de los partidos en la sociedad civil.

María José Valdez estudia los mecanismos de financiamiento de la UCR en el momento de mayor estrés de sus estructuras y recursos, las campañas electorales. Centrándose en los comicios de 1928 y 1930 en la ciudad de Buenos Aires, la autora describe el impacto que el cambio tecnológico y de las estructuras socio-económicas y políticas tiene en la asignación de recursos para las campañas electorales. El crecimiento del “costo de la política” es absorbido mejor por el partido que se encontraba en mejor posición para hacer uso de los recursos estatales, pero también aquel que lograba tender mayores y más eficientes redes con los distintos ámbitos de la sociedad donde “recaudar” los recursos necesarios por vías legales o pertenecientes a esa “zona gris” que permitía la discrecionalidad en el funcionamiento de las instituciones administrativas y represivas.

Adriana Kingard nos lleva al contexto del Jujuy entre 1930 y 1946 para estudiar la compleja relación entre recursos materiales y simbólicos en la “producción” del sufragio. Alejándose un poco de cierto anclaje “estructural” en la relación entre costo y necesidad de financiación, la autora incluye los recursos electorales intangibles que produce la relación “carismática” entre el caudillo yrigoyenista local, Miguel Aníbal Tanco, y el electorado jujeño. Si la “máquina” conservadora en los ‘30 concentraba todas las ventajas materiales del control estatal y del apoyo de la oligarquía económica provincial, encontraba sin embargo, su límite en la identificación de amplios sectores con un liderazgo que representaba los deseos de cambio social que equilibraba, a nivel electoral, la enorme disparidad de recursos para la “financiación” de la política.

Leandro Lichtmajer estudia los vaivenes en las vías de financiamiento de la UCR en Tucumán durante el primer peronismo. El caso tucumano aparece como un sistema de partido “profesional-electoral” ad hoc inserto en una sociedad de estructura corporativa simplificada por la presencia de un sector socioeconómico de importancia excluyente, el de los empresarios azucareros que, junto al Estado, componen la “fuente vertebral de recursos” para el financiamiento de la política provincial. Esto condenaba a los partidos (en este caso la UCR) a medrar en la precariedad material, a menos que se aseguraran el apoyo de los industriales o reconstruyeran otras vías de financiamiento. Aun cuando esta última opción es la elegida por la UCR luego de la debacle electoral de 1946 y la hegemonía peronista, la disparidad de recursos

disponibles muestra límites estrictos para el partido que no tiene acceso a los recursos del Estado y la benevolencia de la oligarquía económica.

Finalmente, Carolina Barry se centra en el Partido Peronista Femenino, siendo este un objeto de estudio diferente a los anteriores por la “originalidad” de ser un partido creado expresamente desde el Estado con una estructura e incluso una base electoral inexistente hasta ese momento, las mujeres, y con un centro carismático indiscutible. En este caso, la trama de financiamiento está indisolublemente ligada al Estado y a las corporaciones que crecieron al calor del proceso de consolidación del peronismo en él. La complejización burocrática y la extensión capilar del PPF llevó la marca de esta creación “desde arriba” y de su centralización carismática en su corta duración, como apéndice político del aparato estatal.

Los autores incluidos en el libro compilado por Mauro y Lichtmajer no contestan las preguntas del comienzo en forma directa, pero hacen quizás algo más valioso: nos dan algunas herramientas para entrar al momento constitutivo de las marcas “negativas” de la política, de cómo estas “particularidades” aparecidas o expandidas por la consolidación de una sociedad y democracia de masas en la primera mitad del siglo XX, se registraron e inflaron simbólicamente hasta convertirse en una de sus “esencias”. Una senda que, además de ser productiva en el ámbito del saber profesional de la historia, sin dudas es también políticamente deseable desandar para no caer tan fácilmente el discurso negativo de “lo que cuesta la política”.